

seremos eternamente la nacion dichosa, el pueblo de Dios, la heredad del Todopoderoso y el objeto de sus beneficencias. Tanta dicha merece sin la menor duda una particular gratitud de parte de los Españoles; pero esta no debe reducirse á solas palabras ó vanas admiraciones. Las buenas obras son el único testimonio de la sencillez, de la voluntad y de la rectitud del corazon.

El evangelio es del capitulo 11 de san Lucas, y el mismo que el dia VII, pág. 173.

MEDITACION.

SOBRE LOS PARTICULARES FAVORES CON QUE MARÍA SANTÍSIMA HA PROTEGIDO SIEMPRE Á ESPAÑA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la firmeza y estabilidad en la fe que ha manifestado siempre esta provincia en el mundo, debe por la mayor parte su origen á la proteccion y piedad de la Reina de los ángeles, que la ha mirado con especial cariño, y que con sus súplicas la ha alcanzado de su Hijo, cuando otros muchos pueblos padecieron naufragio en los tiempos calamitosos.

Dejando á parte aquella solemne promesa que hizo á Santiago de perpetuar nuestra fe, diciéndole cuando se le apareció: *Esta columna permanecerá en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos adoradores de Jesucristo.* ¿á qué otra cosa podemos atribuir la extraña diversidad con que nuestra España se portó con el primer predicador del Evangelio respecto de las demás naciones del mundo? Porque, ¿qué provincia dió sus oidos mas pacíficamente á la intimacion de la verdad? ¿qué gentes pres-

taron sus corazones mas blandos y sazoados para plantar en ellos la fe de Jesucristo? ¿quién abrazó con mas amor una ley tan repugnante á la carne y sangre? ¿qué nacion miró con tanto respeto una religion de mortificacion y de cruz, que en lo natural habia de ser tenuta por las gentes en el concepto de una necesidad? ¿qué parte del mundo, finalmente, trató á los discipulos del Señor con tanta humanidad y cortesia? Los Romanos crucificaron á san Pedro, degollaron á san Pablo, y frieron en aceite á san Juan; los Jerosolimitanos despeñaron á Santiago Alfeo, su obispo; los Armenios desollaron inhumanamente á san Bartolomé; los Frigios crucificaron á san Felipe; los Indios alancearon á santo Tomás; los Persas martirizaron á san Judas y san Simon con los mas crueles tormentos; y á este modo todos los apóstoles recibieron malos tratamientos y la muerte de las mismas gentes á quienes predicaron. Solamente los Españoles no martirizaron á Santiago, sino que, recibiendo el Evangelio que les predicaba, le honraron, y dejaron levantar una iglesia, que es la del Pilar de Zaragoza, hacerse discipulos, administrar el bautismo, plantar la fe del Crucificado, y formarle un pueblo que habia de preciarle siempre de serlo suyo. Si hubo de beber el cáliz de su Maestro, que con tanto valor afirmó que podia apurar hasta las heces; si hubo de dar el sagrado cuello al cuchillo injusto que le hizo mártir, le fué preciso salir de España, y esta gloria no nos faltará eternamente á los Españoles sobre todas las naciones que pueblan el ámbito del mundo. Todos estos efectos maravillosos deben atribuirse al patrocinio de María y á la verificacion de sus promesas. Con razon pudiera aqui exclamarse con las palabras de san Agustin: *O dulcísima Virgen María, ¡en vista de tantos beneficios, yo no sé con qué alabanzas engrandecerte!*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, así como por la protección de María ha sido el santuario del Pilar exento de los contrastes de la fortuna, de la misma manera nunca pudo la astucia del infernal enemigo destruir la fe del Crucificado, aun cuando pudo alucinar á un español para proporcionarle por medio de una venganza los medios mas oportunos.

Bien sabidas son las torpes astucias de un Prisciliano, y de las infelices mujeres que hacia instrumentos de sus errores. Bien notorio es que los arrianos infestaron de tal modo nuestra península, que lloraron sus funestas consecuencias no solamente las ciudades asoladas y muchas nobles familias desterradas, entre ellas san Isidoro con sus padres y hermanos, sino muchos fieles precisados á derramar su sangre por Jesucristo. Tal vez se conservarán todavía los pañuelos empapados en la sangre de nuestra reina Clotilde; y el santo jóven Hermenegildo es testigo de que el error y la crueldad se habian apoderado del trono, y empuñaban en estos reinos el cetro. Los nombres de Amalarico, Teudis, Teudiselo, Leovigildo y otros semejantes hacen todavía estremecerse á la religion y á la humanidad. En tiempos no menos calamitosos se vió nuestra España sojuzgada por una gente descomunal y bárbara, profanados nuestros templos, robadas nuestras haciendas, muertos los ciudadanos, prostituidas sus esposas, y sus hermosas y amadas hijas entregadas como corderas á los lobos carniceros.

En medio de tantos trabajos, de tanta guerra, de tanta herejía, de tantas persecuciones y de tanta desolacion, siempre se vió claramente que el brazo de Dios estaba levantado para castigar nuestros pecados;

pero tambien se vió que la protección de María se interponia como escudo fuerte para defendernos, y hacer que no nos aniquilasen nuestros enemigos. Jamas faltaron cristianos que cuidasen del culto de María en su iglesia del Pilar, aun cuando Zaragoza estuvo por muchos siglos, en poder de principes paganos. Jamas faltaron sacerdotes que ofreciesen en su templo al eterno Padre el Cordero immaculado. Jamas se interrumpió la serie de sus santos obispos, de los Valerios, de los Braulios, de los Tajones, y otros de igual santidad y literatura. Jamas se suspendieron aquellos concilios en que tuvo la primacia sobre todas las iglesias de España, si se exceptúa la de Iliberis. Y mientras Zaragoza poseía con tranquilidad su tesoro, ¿de qué gracias no participó toda la península ya en tantos obispos santos, sabios y esforzados; ya en tantos martires nada inferiores en la gloria á los Fructuosos, á los Eulogios y á los Vicentes; ya en tanto concilio en que se interesó á un mismo tiempo la religion y gloria de España, y la causa comun de toda la Iglesia; ya en tanto escritor que juntó la verdadera sabiduría con la defensa de la piedad, del dogma y de la virginidad perpetua de la Madre de Dios; y ya finalmente, en ver restituido su trono al valor, á la nobleza, al mérito y la religion? Todos estos bienes particulares de Zaragoza, y universales á toda España, son una consecuencia de las promesas que hizo María al apóstol Santiago en la portentosa aparicion que celebra nuestra Iglesia. Todos ellos así como son un testimonio de la predileccion con que nos mira la Reina de los ángeles, de la misma manera son un motivo que apremia de continuo nuestra gratitud.

JACULATORIAS.

Benedixisti, Domine, terram tuam, avertisti captivitatem Jacob. Salm. 84.

Derramaste, Señor, tus bendiciones sobre una tierra que elegiste para tu posesion, y alejaste de ella las cadenas con que la supersticion la tenia esclavizada

Domine, in lumine vultus tui ambulabunt, et in nomine tuo exultabunt tota die. Salm. 88.

Con el claro resplandor de tu gracia y de tu santa ley caminarán, Señor, tus gentes por los senderos de esta vida, y en nada se gloriarán ni se regocijarán sino en tu nombre sacrosanto.

PROPOSITOS.

Habiéndose visto en las precedentes consideraciones que en la aparicion milagrosa del pilar fijó el Espíritu Santo la divina ley en nuestros corazones con caracteres que no se borrarán jamás; que Dios quiso ser nuestro Dios, y que nosotros fuésemos su pueblo; y últimamente, que eligió á su santísima Madre para dispensarnos estos soberanos beneficios, está visto que los Españoles tenemos una grande obligacion á esta soberana Reina. El serle agradecidos es lo mismo que ser cristianos; las obligaciones de la fe son las mismas que las de su amor. Si nos ama como á hijos, ¿no deberemos servirla como á madre? Si nos favorece como á predilectos, ¿no deberemos señalarlos entre todos los fieles de la tierra en materia de agradecidos y obsequiosos? No se puede dudar, y el modo de agradecer las amorosas demostraciones de esta dulce Madre, es servir sin reserva á su Hijo. Así lo deseo, madre amorosísima, y así os lo prometo; pero para este efecto alcanzadme del Espíritu Santo aque-

los dones divinos con que fortaleció el corazon de los apóstoles; aquella gracia poderosa que ilumina el entendimiento, mueve dulcemente la voluntad, y vence gloriosamente la concupiscencia. Tomad, Señora, bajo vuestra proteccion nuevamente todos estos dilatados países, y haced con vuestro santísimo Hijo que no prevalezcan en ellos los funestos males y los perniciosos errores de que está inundada toda la tierra. España os mereció hasta ahora todas vuestras atenciones; vos le prometisteis que siempre permaneceria en ella incorrupta la fe de vuestro Hijo: hasta la hora presente vuestras promesas se han verificado. Pero ¿se verificarán igualmente en lo sucesivo? Si miramos á la depravacion de las costumbres que se ha hecho universal; si se atiende á la relajacion de todos los estados y gerarquías de la Iglesia; si se consideran bien los progresos que por todas partes hace el error, no se puede dudar que no encuentra el entendimiento humano sino multiplicadas causas de temer. Tanto pecado, tanta maldad y tanto delito tienen la fuerza suficiente para suspender el curso á vuestras promesas; pero espero que sin embargo no le tendrán para impedir el de vuestras misericordias y piedades.

DIA TRECE.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA, CONFESOR.

San Eduardo, tercero de este nombre, rey de Inglaterra, llamado *el Confesor* ó *el Piadoso*, cuya santidad añadió tanto esplendor á la majestad del trono, nació al mundo hácia el principio del siglo undécimo. Fue sobrino de un santo rey mártir y de su mismo nombre; hijo de Ethelredo y de Ema. hija de Ricardo, du-